

CGD-4703 *

R. 16. 463

CENTINELA
CONTRA FRANCESES

POR D. ANTONIO DE CAPMANT.

DEDICALO

AL EXCMO. SEÑOR D. HENRIQUE HOLLAND,
LORD DE LA GRAN BRETAÑA.



MADRID.

POR GOMEZ FUENTENEBO Y COMPAÑIA.

1808.

Con Permiso Superior.

Wh 850113

AL EXCELENTISIMO SEÑOR

DON HENRIQUE HOLLAND,

LORD DE LA GRAN BRETAÑA.

*Se hallará en la Librería de Alonso,
frente de las gradas de San Felipe el Real*

*N*o los títulos de la amistad, no los
del reconocimiento, son solos los que me
obligan á dedicar al respetable nombr^e

de V. E. el desahogo de este acongojado corazón mio. Dulce cosa es el amor entre los hombres; gratísima la memoria del favor recibido; mas dulce, empero, es el amor á la patria, y el consuelo de poderla llamar LIBRE á los ojos de un Lord de la Gran Bretaña, en donde solamente se pronuncia y conoce esta sagrada voz en toda la plenitud de su significado, y adonde, como á un sagrado, han tenido que refugiarse las reliquias del moribundo patriotismo que han podido salvarse del sable exterminador del tirano de los tronos, y de la humana sociedad. ¿A quien, pues, con mas derecho podria dirigir este primer ensayo de la redencion española, y de la libertad de la imprenta, que á un sabio inglés, siempre amante de España y de los españoles, hasta compadecerse, como

si las hubiese de sufrir, de las calamidades que nos amenazaban por la torpeza y desafuero del despótico Privado que preparaba nuestra perdicion? ¡Oh! recuerdos tiernos y preciosos de nuestras familiares y francas conversaciones en Madrid! ¡Quántas veces en nuestros solitarios paseos contemplabais, Milord, con profunda meditacion nuestro alegre horizonte, y viendo el cielo y el suelo que la próspera naturaleza nos habia repartido, no podiais reprimir vuestra afeccion, y me deciais...! Estos generosos sentimientos bien los testificó V. E. á quantos turvimos la dicha de tratarle, y de admirar sus profundos conocimientos políticos y literarios, realzados con su profunda modestia, é ingénua amabilidad. Conocia V. E. lo que habíamos sido los españoles, y lo que podríamos ser baxo

de una mano sábia , porque conocia nuestra historia económica , política , y militar : y buscaba , y leía nuestros libros , enamorado de nuestra lengua , y de ellos sacaba nuevas ilustraciones con un conato y afición , como si se hubiese encargado del oficio de Cronista de los reynos de España.

Supe , por una feliz casualidad , que habia V.E. preguntado por mí á los principios de nuestra interrumpida correspondencia. Sí , Milord , vivo aun , despues de haber tenido tantos motivos para aborrecer la vida : vivo , sí , para ver el castigo de los que me tenían presas las manos y la lengua : vivo para predicar el santo nombre del Dios de los exércitos , el triunfo de la virtud , y las glorias de la patria : vivo , en fin , para que pase , por el mar libre , de mis ma-

nos á las vuestras este testimonio de mi inalterable fé y gratitud. Dispensadme , Milord , vuestras órdenes , si no quereis dexar ociosos mi amor y obediencia ; y hacedme participante del gozo de vuestra alma , desde que la lealtad española abrió á la generosidad inglesa el gran teatro de esta península , en donde pueden brillar el valor y el honor de entrambas naciones , pues hay campo para todas.

Milord , soy con el mas profundo respeto el mas afecto y reconocido servidor

de V. E.

Antonio de Capmany.

Madrid 15 de setiembre de 1768.

CENTINELA

CONTRA FRANCESES.



No es éste tiempo de estarse con los brazos cruzados el que puede empuñar la lanza, ni con la lengua pegada al paladar el que puede usar del don de la palabra para instruir y alentar á sus compatriotas. Nuestra preciosísima libertad está amenazada, la patria corre peligro, y pide defensores: desde hoy todos somos soldados, los unos con la espada, y los otros con la pluma. Ya vino el dia en que pueden salir del pellejo los corazones; y puedo yo añadir que he llegado dichosamente á la época de mi edad, en que el hombre de bien y el buen ciudadano, ni por esperanza de mejor fortuna, ni por temor de la muerte, debe hacer traicion á su conciencia. ¿Qué diria de mí la patria? ¿Qué pensarían los buenos y los malos de mi silencio? Yo mudo ahora! Yo que hace tantos años que no he empleado la pluma y mi zelo sino en

honra y gloria de mi nacion, ahora sin dar señales de vida! en el momento en que el enemigo de la Europa maquina su esclavitud, ó su desolacion! Manos á las armas, y Dios bendiga la noble intencion de tan santa empresa.

Despues de tantos y tan varios papeles, publicados dentro y fuera de la Corte, ya en prosa, ya en verso, desde la retirada de las tropas francesas, que mal viage lleven, ¿qué título podia yo elegir sin repetir alguno de los usados ya, en esta época del desahogo nacional, baxo los nombres de diálogos, avisos, consejos, clamores, proclamas, lamentos, y otros alegóricos? Pero acordándome que anda entre nuestros libretes uno intitulado *Centinela contra judíos*, me pareció adecuado título para aplicarle á los franceses de hoy, peores que judíos en sus pensamientos, y mas crueles que trogloditas en sus obras, desde que se han dexado regenerar por el impio y atroz Napoleon (llamado en el siglo Bonaparte), pues tienen á dicha, honra y blason, no con pequeña vanidad y orgullo nacional, el postrarse á sus in-

mundas plantas. Adoran allí con temor y con temblor su exécrable nombre, y besan con el mas humilde respeto, y *sensibilidad* convertida en instinto, las cadenas imperiales con que su Imperial Magestad los ha ido entlazando en fraternidad imperial, haciéndoles olvidar la reciente republicana, y la antiquísima christiana, para formar la grande familia de esclavos escogidos que componen hoy el imperio francés, no siéndolo su augustísimo intruso Emperador, abortó de un islote, de cuyos benignos naturales se dice como por proverbio, *que no perdonan hasta despues de muertos*.

Aunque parezca ya intempestivo el oficio de centinela entre mis compatriotas, que con muy costosa experiencia han tenido que desengañarse de las depravadas intenciones del atrocísimo Corso, que á título de íntimo Aliado nos habia dexado sin camisa, y con el de Protector venia ahora á quitarnos el pellejo, que era lo único que nos quedaba; no será inútil, ni fuera de tiempo, prevenirnos contra qualquier temor, ó desconfianza que pudiesen infundir en áni-

mos apocados el poder de sus armas, la fama de sus victorias pasadas, y los decretos de su venganza; ó contra toda esperanza de paz, ó de amnistía, que nos ofreciese su pérvida política, sostenida por sus íntimos consejeros tan iníquos como su amo: porque nunca ha errado S. M. I. y R. en la elección de sus ministros, ni en la de sus fieles generales, que cumplen rigurosamente sus atroces preceptos, no solo como buenos servidores, sino como siervos viles.

Bien preveía yo algunos años hace, en vista del sistéma que seguía este afortunado usurpador en el curso de sus conquistas, que la España no sería el menor objeto de su insaciable ambicion; porque tarde ó temprano debia invadirla, luego que acabase de cortar, ó de abrirles los cascós, á las demas testas coronadas, para revestirse despues del título de *Rey de Reyes* que se hacia tributar el vanísimo y soberbio Tygránes deslumbrado de su poderío. Pero confieso que me engañé, y que perdí el juego con buenas cartas, creyendo que suspenderia la invasion de temor de perder con

ella los dominios de ámbas Américas, pues rompía el conducto por donde solo podia y debia venir á la Francia en una paz general el oro y plata del nuevo mundo, y sus ricas producciones en retorno de los envíos de géneros de las fábricas européas, cuya absoluta ruina era inevitable.

Pero al fin su natural impaciencia, su errada confianza, y la ignorancia de sus sagaces consejeros, que respiran el ayre que les quiere repartir, le precipitaron á consumir su malvado proyecto, luego que se desembarazó de enemigos en el continente, y despues de haber disfrutado, como de hacienda propia, los fondos de nuestro erário con pretextos que le daba aquel iniquo y fatal Tratado de alianza perpetua que nuestro ignorante y tímido Godoy, muchos años ántes de ser traydor á su patria, ajustó y firmó con el venal Directorio. Los males y calamidades que hemos sufrido, y sufrimos ahora cuentan la fecha desde aquel imprudente é *ignominioso acto*, que fué el preludio de la sabiduría y sagacidad diplomática del flamante Príncipe de

la Paz, á cuya inexperta y desgraciada mano estaba entregado el timon de esta gran Monarquía, y lo ha estado hasta que él mismo ha echado á fondo la nave y la tripulacion.

Por aquel violento Tratado quedó la España esclava y tributaria de la Francia perpetuamente. Desde entónces quedó esta Monarquía políticamente conquistada, y como tal ha sido siempre tratada por el Gobierno francés. Sus embaxadores nos adulaban recien llegados, luego nos amenazaban, y al fin se despedian llenos de tesoros y de regalos, y muy ricos de noticias de nuestras miserias, hijas de la negligencia y flaqueza de nuestro Gobierno, depositado con absoluta soberanía en los torpes brazos de aquel disoluto garzon, que no los tenia abiertos de dia y de noche sino para estrechar en ellos bellezas prostituidas a la lascivia de un otomano bautizado, que con tan costosos sacrificios vendia los favores, los honores y los empleos del Estado. Y como el Corso, siendo Cónsul, y despues siendo Empeador, no queria que uno solo mamase

la cabra, mudaba tan á menudo sus Mercurios, quienes venian con nuevas instrucciones, y con pretensiones mas insolentes: y de este modo se repartia entre muchos el fruto de su interesada mision, llevándose cada uno á su amada Francia parte de la sustancia de la despreciada España.

Por aquel infame Tratado nos hemos visto obligados á romper dos veces con la Inglaterra, padeciendo pérdidas y ruinas imponderables en nuestro comercio y navegacion, en la marina militar, y en nuestras fábricas, interrumpida toda comunicacion con las Indias, patrimonio del Imperio Español, y separados los hermanos de esta península de los de aquel emisferio despues de tres siglos que heredaron la lengua, las leyes, el honor, y la religion de España.

Por aquel infame Tratado hemos tenido que armar y mantener esquadras auxiliares para perderlas en todos los combates, en que por mandado del sapientísimo Napoleon hemos habido de combinar nuestras fuerzas marítimas con las francesas, ó de proteger sus desvaria-

dos proyectos navales, para cuyo acierto la fortuna no le ha sido tan propicia como en los de tierra: allí no ha podido servirse de sus malas artes. Por ayudar á nuestro íntimo amigo y aliado, ó mas bien por obedecerle, hemos visto destruida en ménos de seis años nuestra marina con pérdida de 8 navíos de tres puentes, 26 de línea, y otras tantas fragatas, aniquilados nuestros arsenales, sacrificados muchos millones, y la vida de mas de 20000 hombres embarcados. Nos hace estremecer la memoria sola de la batalla de Trafalgar; á cuya fatal accion nos obligó la ignorancia, petulancia, é impaciencia francesa, sostenida por el desatinado é irresoluto Godoy (confúndale Dios, amén). Bonaparte instaba por momentos la salida de la grande armada, no para pelear, sino para llevar nuestros navíos á Tolón; pues desde que salieron de Cádiz, ya no eran de España, ni habian de volver á ella. Tragáraselos el mar, ó consumiéralos el fuego, si hubiesen podido salvarse tantos millares de víctimas, ántes que aumentar con nuestras fuerzas las del Ti-

rano, que habia de venir despues á conquistarnos. En fin, si nos fuese posible cerrar nuestros corazones al dolor y á la compasion, ganámos en aquel funesto dia una victoria contra Napoleon, que no pudo lograr su pérfido plan de coger intactos nuestros buques, y vivitas nuestras tripulaciones en sus puertos, cuya costosísima manutencion debia correr á expensas de nuestro erário: nueva sanguijuela de la sangre de nuestra nacion, con la que iba engordando el Gran Ladron de la Europa.

Por aquel infame Tratado nos estuvo arrancando ese Napoleon con fieras peticiones el subsidio de tropas en dinero, pues le tenia mas cuenta que en carne, á razon de doce millones de duros al año, cuyos plazos nos pedia con la autoridad de un soberano sobre sus súbditos, y al menor retardo nos amenazaba con la conquista. Pero, creciendo despues su soberbia con su misma potencia, y nuestra timidez con nuestra debilidad, nos sacaba dinero, carne y esquadras.

Por aquel infame Tratado, acometido Godoy por una parte por el Gobier-

no Británico, que no quería permitir que con nuestros millones engordase el dragon de la Francia; y por otra, amenazado de las iras de aquel dragon si intentaba separarse de su obediencia; en vez de negársela con firmeza, armando cien mil españoles, de los cuales no hubiera ido ninguno al Norte como fueron despues (¡qué dolor y qué ignominia!), y contando con las fuerzas de la Inglaterra, que hubiera hecho causa comun; prefirió reñir con el Gabinete inglés, hasta echar la bravata al ministro que entónces residia en Madrid: que enviaria á Napoleon 600 españoles para el desembarco de Inglaterra. ¡Quántas desgracias llovieron sobre nosotros por esta primera desavenencia diplomática! En los primeros tres meses de guerra perdió la nacion en buques, cargamentos y plata el valor de 40 millones de pesos.

Pero, me dirán, aquel Godoy, instrumento de nuestra ruina, aun ántes de ser traidor, que provocaba la guerra, y no podia dexar de ver próximo el rompimiento, ó el peligro de las hostilida-

des marítimas; ¿cómo no despachó con tiempo, y con secreto, desde nuestros puertos avisos á la América, á Canárias, y al encuentro de nuestros retornos para suspender toda navegacion, y evitar tanta ruina? Pero ¿qué podiamos esperar de aquel idiota, aconsejado de su propia ignorancia, que en tres quartos de hora, medio en pie, medio sentado, con el cigarro en una mano, y pellizcando con la otra alguna beldad de su devocion, despachaba la inmensidad de negocios de ámbos mundos, unos de palabra á lo oráculo, y otros con breves y obscuras resoluciones á lo tirano?

Pocos dias ántes de esta precipitada ruptura con el ministro Británico, que degeneró en pependencias y denuestos personales, podia aquel Privado, á no estarlo de razon y de juicio, haber libertado la España para siempre del pesado yugo de aquel ruinoso Tratado, que él mismo dexó que nos pusiese perpetuamente el Gobierno francés, tan buen amigo de nosotros entónces, como lo es el actual. Véase la sana y leal intencion con que estan concebidos sus artículos,

tan lacónicos como ambiguos , para encubar la malicia y engaño de su contexto con la estudiada brevedad y aparente sencillez de sus cláusulas , dictadas y extendidas en París , como ahora las de la reciente y sábia *Constitucion*, sin habernos dexado en uno y en otro caso mas intervencion que el trabajo de *traducirlas*, y de *firmarlas*. ¡O! Francia, quando pagana, y quando christiana; ora monárquica, ora republicana; ya sábia, ya bárbara, ya libre, ya esclava; siempre por sistéma enemiga de la España! Y vosotros, Españoles, siempre honrados y generosos, y siempre engañados!

Ya os llegó la hora, magnánimos hijos de este noble suelo, de regeneráros por vuestras propias manos, y no por las impías del déspota que os venia á robar vuestra libertad. Ya os llegó la hora de sacudiros de tan pesadas cargas como os abrumaban, haciendo la guerra al Gran Napoleon, grande en fiereza, grande en perfidia, y grande en crueldad: pues solo con la guerra podáis romper tan duras y afrentosas ataduras.

Con la guerra vengaremos de una vez tantos agravios como hemos padecido veinte años seguidos, y tantos males como nos tenian abatidos, y en vísperas de abismarse nuestra nacion. Esta fatal suerte veia muy cercana Napoleon, como él mismo nos lo dice en sus proclamas, para que le agradezcamos el *anuncio del mal y el consuelo*. En efecto nadie podia conocer mejor nuestras desdichas que el mismo que las habia causado: así guarde para los suyos el remedio que su innata beneficencia y notoria compasion nos tenia preparado. ¡A cuántos de nosotros nos tendria destinados ya para limpiar las botas á sus brutales coraceros, ó encender la pipa á sus impúdicos é insolentes mamelúcos!

Con la guerra abriremos nuestros puertos, cerrados tres años hace por obedecer los bárbaros y antipolíticos decretos del rabioso Napoleon, que habia hecho de todas las playas y costas de la Europa un tristísimo desierto, para *bloquear* y hambrear á la Inglaterra, segun su fanfarrona sentencia; al paso que le dexaba todos los mares conocidos y no co-

nocidos abiertos á su comercio , y sujetos á su imperio. ¡Qué profundo y sabio político! ¡Qué sagaz calculador, sacarse ámbos ojos por sacar uno al enemigo! ¡Por no dexar entrar el enemigo en su casa cerrarle las puertas , y quedarse encerrado en ella sin poder recibir socorro de la agena , ni salir á buscar su subsistencia , ni él ni sus amigos y aliados! Pues á este horroroso extremo nos tenia reducidos sin ser nuestro soberano. Que en las costas de su usurpada Francia mandase cerrar los puertos y las bocas á los obedientísimos esclavos de su despotismo ; en todo esto usaba de su suprema autoridad , consentida por ellos. Pero ejercerla en nuestra España, obligándonos, por un precipitado decreto suyo fecho en Varsovia , á morirnos de hambre y de miseria , sin comunicacion directa ni indirecta con el resto de las naciones ; es insolencia y soberbia inaudita el intentarlo , y humillacion y paciencia mas inaudita el sufrirlo y obedecerlo nuestro miserable Gobierno, deshonrado por la insensibilidad de Carlos,

y la ineptitud y poca vergüenza de su endiosado favorito.

Con la guerra abriremos el antiguo comercio y comunicacion con la Inglaterra , gozosa de reconciliarse con nosotros, pues sabe que nuestra nacion , hecha juguete de los caprichos de un monstruo de la fortuna , no tenia parte ni en la guerra ni en la paz , y ansiosa de recibir nuestros frutos de uno y otro emisferio , nuestros productos de la naturaleza y del arte , nuestras lanas , nuestra amistad , nuestro trato generoso y franco con el qual congenia tanto el suyo. Contando nosotros con su poder y sus auxilios , y ella con nuestro valor , constancia y union ; se cimentará una alianza natural é indeleble , una venganza comun , un odio eterno contra el enemigo comun del continente , contra esa Francia vil y deshonrada , que se ha dexado esclavizar , barbarizar , empobrecer , y consumir por un tirano advenedizo , que ha convertido sus habitantes en ladrones armados , enemigos naturales del resto de los humanos.

Con esta guerra navegaremos , res-

taurarémos nuestra aniquilada marina, nuestras decaídas fábricas, nuestra semi-muerta industria, nuestro tráfico marítimo y terrestre. Cerrarémos para siempre el contrabando de los Pirineos, convirtiendo en isla nuestra península: y no verémos mas las caras de pastel de tanta modista y mercachifle, que tenían, como plaga de langosta, apestadas nuestras ciudades. No nos introducirán nuestros caros vecinos mas géneros de sus brillantes fábricas, ni mas tabaco en el alma de los cañones y obúses, y en los carros cubiertos, y equipages de sus indecentes generales, contrabandistas al entrar, y ladrones al salir de España.

Con esta guerra, terrible, pero saludable, instrumento para nuestra eterna prosperidad, no nos inocularán mas el impío filosofismo, y la corrupcion de costumbres de sus venenosos libros, que tanto daño han hecho en la juventud, transformando á hombres y mugeres en arrendajos de su language, ideas, y fingida moralidad teatral: porque entre los franceses todo es farsa empezando por la virtud. La gente que llamamos culta

y literata, todos eran hijos de España, pero gran parte tenían su corazón en Francia, es decir, que enamorados de sus libros, estaban casados con los autores: y de este casamiento ¿como podrán salir ciudadanos defensores de la patria que nunca amaron? Tratarémos amigablemente con los moros, que no nos desprecian ni aborrecen, y nos guardan la fe que no conoce el infame Gobierno francés. Nos darán trigo, gallinas y ganados, si lo necesitamos, y caballos para la guerra. No nos vendrán á quitar el pan y la carne, que á ellos les sobra, ni el vino que no beben, y nos enviarán dátiles, miel y cera, en lugar de balas, acíbar y llamas de pólvora que nos han regalado los christianísimos franceses.

Con esta guerra vendrán los frutos y caudales de América, detenidos quatro años hace: surcarémos el Océano otra vez, abriendo las comunicaciones entre ámbas Indias, y renacerá la contratacion marítima, de que nos tenia privados el bárbaro Napoleon desde que nos ató al carro de su estéril y funesta gloria.

Con esta guerra volverémos á ser

españoles rancios , á pesar de la insensata curruaquería , esto es , volverémos á ser valientes , formales y graves. Tendrémos patria , la amarémos , y defenderémos , sin necesidad que nos proteja el Protector tirano de la esclava Confederacion del Rhin. Tendrémos costumbres nuestras , aquellas que nos hicieron inconquistables á las armas , y á la política extrangera. Cantarémos nuestras xácaras , baylarémos nuestras danzas , vestiremos nuestro antiguo traje. Los que se llaman caballeros montarán nobles caballos , en vez de tocar el fortepiano , y de representar caseros dramas sentimentales apestando á francés. Volverémos á hablar la castiza lengua de nuestros abuelos , que andaba mendigando ya , en medio de tanta riqueza , remiendos de xerga galicana. Aprenderémos el árabe , el griego y el inglés , y despues el italiano y el aleman si se sacuden de la dominacion napoleónica ; y si no , no. Nuestra lengua volverá á ser de moda quando el ingenio y seso de los españoles produzca obras dignas de la posteridad , y quando la moral y la po-

lítica , cuya jurisdiccion vamos á fixar , salgan en traje y lenguaje castellano.

Con esta guerra reconquistarémos , no dominios ultramarinos que nos acarrearían otras nuevas ; sino lo que es mas glorioso y precioso , nuestro nombre , aquel nombre tan respetado en otro tiempo de cultas y de bárbaras naciones. Renovarémos nuestra antigua fuerza fisica y moral , que forma la potencia política de los gobiernos : y la mejorarémos con nuevas leyes fundamentales , sentadas sobre bases eternas é indestructibles. Darémos exemplos de sabiduría á los demas pueblos de Europa , de la suerte que hoy se los damos de fortaleza y valor para recobrar la libertad perdida , en cuya heroica empresa hemos tenido la gloria de ser nosotros los primeros. Aprendan las naciones del esclavizado continente el arte de romper la bárbara cadena que sufren : nosotros les enseñarémos á vencer , ó á morir para no ser vencidas.

Con esta guerra limpiarémos la Guia de forasteros de los nombres asquerosos de las familias reynantes napoleónicas , y de sus satélites coronados. Recobrarémos

la libertad de publicar la *Gazeta* de nuestra Corte toda de nuestra cosecha, ó elección, y no dictada al beneplácito de los Embaxadores de Francia, que tenían atadas las manos al compositor en los artículos concernientes á noticias políticas y militares del resto del mundo: pues debian copiarse servilmente del mentiroso *Monitor y Publicista* de París, únicos periódicos que se permitian leer y extractar. Esta dura dependencia, por no decir servidumbre, ha tenido que sufrir algunos años nuestro Gobierno, obligado á mantener engañada y alucinada la nacion, ignorante del estado político de la Europa, y de la verdad de los hechos que desfiguraban, y de los que ocultaban los papeles públicos de Francia, que solo decian lo que su ministerio les mandaba, ó les permitia decir.

Con esta guerra, única salud de la patria, saldremos del peligro espantoso de perecer todos al rigor de una hambre general, si por última desgracia no nos hubiese favorecido el cielo con la abundante cosecha del año último y del presente: pues los decretos del bárbaro é

iracundo enemigo de la Inglaterra, ántes de habernos conquistado con las armas nos tenían cerrados los puertos de esta península á todo pabellon. Ni de moros, ni de christianos, por la represalia y despecho de la Inglaterra, podiamos esperar socorro en caso de necesidad. ¡Qué horrorosa perspectiva se presentaba á mi imaginacion, quando, para acrecentar mas mis temores, veia entrar legiones de demonios ó franceses, á comernos nuestro pan!

¿Qué sería ya de nosotros si se hubiese repetido la carestía y miseria del año 1804, con la sobrecarga de nuestros parques y compasivos huéspedes, de cuyas mesas hubiéramos esperado, como perros, algun mendrugo que roer? Nueve meses, ántes de la menor hostilidad, los han tenido encima las dos Castillas á razon de 200^o libras de pan, 5^o fanegas de cebada, 6^o arrobas de paja, y 100^o libras de carne, diariamente. Añádanse las pérdidas y desperdicios causados por las violencias de la exacción arbitraria.

Con esta guerra nos libertaremos de tener otras, pues de dos siglos á esta par-

te todas han sido por la Francia, ó contra ella. Por estar su territorio interpuesto entre nosotros y los demas pueblos de Europa, no nos podremos abrazar como hermanos, pero les alargaremos la mano por los puertos marítimos que visitará el pabellon anglo-hispano: por estos les comunicaremos nuestro esfuerzo, nuestro exemplo y nuestra eterna amistad contra el comun tirano, escándalo de la tierra.

Con esta guerra nos libreremos de la molestia y asco de dar oidos á la fastidiosa turba de sabihondos, ideólogos filósofos humanistas y polítécnicos, todo en una pieza, que, sin perjuicio de las que viniesen despues, nos iban introduciendo *escuelas centrales, normales, elementales, institutos, y establecimientos de beneficencia*, por no nombrar, á estilo español y christiano, fundaciones ó casas de *caridad*, ó de *piedad*, ó de *misericordia*; y todo para formar el espíritu y el corazon á la francesa moderna. Ya nos habian introducido, como misterio de una segunda redencion del linage humano, cierta regeneracion mecánica de la niñez

á lo esguízaro-pestalozziano, baxo la inmediata proteccion del pueril, frívolo, vano, y botarate Generalísimo de mar y tierra, quien, no satisfecho de haber desmoralizado á quantos machos y hembras tenian que esperar su favor, queria últimamente humillarnos hasta exigir que los padres y las madres se volviesen bestias, y sus hijos máquinas; pues necesitaban de palotes y barajas para pensar, y de reglas y maestros para saltar como cabras monteses, ó trepar como monas. ¡Qué bien dixo una pobre muger al oír contar tales ejercicios y habilidades: *Esta me parece escuela para ladrones!* Los padres, por adulacion al altísimo protector, se tenian por dichosos si lograban entregar sus tiernos hijos á esta barahunda de locos, de donde habian de salir fátuos, ó perniquebrados. ¡Y despues nos admiraremos si al ídolo Moloch sacrificaban los antiguos Cartagineses tantos niños para aplacarle! Pero aquí nuestro ídolo se cansó de los holocaustos, como se cansaba de todo, y echó á rodar el ara y á los sacrificadores. Solo nos ha faltado que otra casta de filan-

trópicos hubiesen establecido un anfiteatro de *Craneología*, para dar al sexô femenino de la Corte motivos de filosofar, ó bachillerear.

Con esta guerra en fin serémos mejores christianos, porque, acostumbrados en los sucesos adversos á levantar los ojos al cielo para pedirle favor, y en los prósperos para darle gracias, se arraigará, y crecerá, y florecerá la verdadera piedad, y madurará en nuestros hijos.

Españoles de todos sexôs, edades, estados y condiciones: con todos hablo. No penseis que en esta guerra, mas santa aun que la de las Cruzadas, trabajamos para nuestros hijos y nietos; de mas cerca nos toca: peleamos para nosotros mismos, y por salvar ahora en caliente nuestro pellejo. Sabed que Napoleon va tan de prisa en las faenas militares, que no quiere dexar nada que hacer á sus sucesores; y parece que se afana por gozar en vida del incienso de la fama pósthuma. Cortemos pronto los vuelos á las águilas.

Esta guerra es muy diferente de

quantas hemos sostenido dentro y fuera de casa, por su naturaleza, causa, fin, y conseqüencias. Es en su primer origen defensiva; y así no pende de nuestros deseos, ni de nuestra mano su remate: pide por su calidad mas vigilancia y constancia, y gran severidad contra los remisos, vacilantes ó sospechosos. Se trata de vencer ó vivir esclavos. En la guerra de sucesion que affligió la España, no se trataba de defender la patria, ni la nacion, ni la religion, ni las leyes, ni nuestra constitucion, ni la hacienda, ni la vida, porque nada de esto peligraba en aquella lucha. Solo se disputaba de qual de los dos pretendientes y litigantes á la Corona de España debia quedar el poseedor, en el supuesto de que no podia dexar de recaer en uno de los dos, habiéndose extinguido la línea varonil de la casa reynante. Estaba la nacion dividida en dos partidos, como eran dos los rivales; pero ninguno de ellos era infiel á la nacion en general, ni enemigo de la patria. Se llamaban unos á otros rebeldes y traidores, sin serlo en realidad ninguno, pues

todos eran y querian ser españoles , así los que aclamaban á Cárlos de Austria, como á Felipe de Borbon. Era un pleyto de familia entre dos nobilísimos Príncipes , muy dignos cada uno de ocupar el trono de las Españas. Con ninguno perdía la nacion su honor , independencia y libertad ; solo la Corcna mudaba de sienes , pero la monarquía quedaba ilesa. Ahora se trata de perderlo todo á manos de un atroz conquistador , que habiéndonos robado el legítimo Soberano , nos quita el derecho y el uso de la soberanía nacional. Los romanos defendian la república en sus guerras civiles , no contra un tirano , ni otra Potencia extrangera , que intentase imponerles el yugo de sus armas y de sus leyes ; sino contra alguno de sus mismos ciudadanos , que aspiraban á levantarse con el gobierno. Lo primero hubiera sido una ignominia , lo segundo podia ser una desgracia. La guerra civil era un mal de casa , la libertad pública podia perderse , mas no el pueblo romano ser conquistado por otra Potencia. Sila y Mario , César y Pompeyo , eran roma-

ños , y eran compañeros y combatientes. Cromwel , inglés , dominó á los ingleses , mas no vino de fuera á conquistarlos. Robespierre , francés , dominó y aterró á la nacion francesa ; y Bonaparte , general francés , usurpó el mando supremo , sin invadir con exércitos extrangeros el territorio de la república. Mas tolerable y ménos ignominioso sería que el vano Godoy se hubiese alzado con la monarquía , ayudado de nuestras mismas tropas ganadas , ó engañadas , que no que un extrangero , auxiliado de tropas de otra Potencia , entrase á subyugar , no ménos que la gloriosa monarquía y nacion española. Solo de pensarlo me afrento y me confundo.

Ya hemos visto el porte , talante , y conducta de las tropas y generales que habia enviado para sujetarnos el fementido Napoleon. Son peores que los bárbaros de nacimiento , porque tienen todos los vicios y malicia de nacion civilizada , y no la sencillez de la salvage. Atila detuvo su furor á las puertas de Roma al ver al Papa S. Leon , que vestido de pontifical salió á su encuentro con

la cruz y los ciriales: y el fiero ladrón Dupont hubiera echado ojo á ver si eran de oro, y si en la tiara brillaba algun gran topacio para el puño de su sable. Por ménos temibles y odiosos tendria yo á los Agarenos; porque estos no disimulan lo que son, ni fingén lo que no son. Creen en Dios, y en pena y gloria eterna, y se puede esperar de ellos alguna virtud moral. Ellos leyantarian sus mezquitas, y nos dexarian nuestros templos y nuestros officios: nos quitarian nuestras campanas, no por codicia, sino por religion: pagariamos nuestros tributos, y no nos impedirian orar al Señor, ni nos darian el impío exemplo de la incredulidad. Vuelvo á decir, que mas quiero ser conquistado de moros que de franceses, porque es mas sensible sufrir el desprecio que el ódio. Quando desembarcaron los Africanos en España, entraron como enemigos, como conquistadores, como propagadores del Alcorán: no nos engañaron con pretextos ni títulos de amistad y proteccion: no quebrantaron ningun pacto ni alianza, pues no la habia: no faltaron á su

palabra, pues no la habian ofrecido. Nos cogieron desprevenidos, mas no engañados. Además, la invasion de los moros se executó por mar, y una vez cortada la travesía por nuestras fuerzas navales, se les frustraron las esperanzas de los socorros del Africa; y aun así costó unos setecientos años el acabarse de arrojar de nuestro suelo. Considérese ahora, ¿quando llegaria á verse la España libre de estos descreidos conquistadores, francas sus comunicaciones con la matriz sobre un mismo continente?

Por otra parte, parece inagotable la mina de soldados de Napoleon, hasta que rompa sus lazos la Europa. El ya sabemos que no pelea con solos franceses, sino con tropas de todos los Soberanos, que tienen la dicha de ser sus aliados, feudatarios ó esclavos, que es la misma cosa, y de los conscriptos de los estados y repúblicas italianas, que para sacarlas de su debilidad é impotencia en las actuales circunstancias, las ha incorporado al territorio del Imperio Francés, que ya barbea con los límites del Imperio Otomano. En sus exércitos

solo el sistema militar, la táctica, y el idioma de la ordenanza y del mando son franceses, como tambien la rapacidad reglamentada de los saqueos, la inhumanidad de sus violencias, y la impiedad de sus sentimientos.

Tampoco hay que esperar, segun lo acredita la experiencia en todos tiempos, que el francés se canse de las fatigas y peligros de las campañas: si le sacan llorando de la casa paterna, vuelve á ella cantando, ú echando bravatas. Ni hay que esperar que afloxe por la justicia de nuestra causa: la guerra parece que es su elemento, y prescinde del fin por que pelea: ya muere por coronar reyes, ya por destronarlos, hoy por la libertad, mañana por el despotismo. Va á la guerra como el caballo: el clarin le alienta, y corre con el ginete christiano contra el moro; cae el ginete de una lanzada, móntalo el moro, y parte con el nuevo dueño contra el christiano. En los Xefes ya es otra la causa: ayer comian con cuchara de palo, y hoy hacen ascos á la bagilla de plata con que les sirve su patron: ayer

de baxos no se veian entre el polvo, y mañana se ven subidos en hombros de la fortuna hasta la alteza de los honores, y del fausto oriental de las riquezas, fruto de las rapiñas y concusiones, que piden al cielo venganza.

Si preguntais á los franceses por qué sufrieron los primeros actos del despotismo absoluto de Bonaparte; os dirán que por no caer en los horrores de otra revolucion, cansados ya de verter la sangre de sus hijos, hermanos y deudos. Y al mismo tiempo que, por una contradiccion propia de cabezas francesas, alegan este temor, entregan al tirano estos mismos hijos, hermanos y deudos, para que vayan á morir léjos de su patria mas de un millon de jóvenes, no para la gloria ni defensa de su nacion, pues de ninguna es invadida, sino para saciar la feroz ambicion de un isleño advenedizo, que sujetó primero la Francia para subyugar despues los demas reynos.

No es de hoy mi desengaño, son de fecha mas antigua mis pronósticos sobre las fatales conseqüencias que algun dia

pudiera experimentar nuestra patria de las iniquas maquinaciones de este tirano solapado. Centinela muda he sido muchos años, porque no pude nunca gritar *quién vive!* ni llamar *al arma!* Desde la primera paz de Campo-formio, quando entregó la República Veneciana, luego de haberla democratizado, al Emperador de Austria, en el mismo tiempo que en sus proclamas llamaban déspotas y tiranos á todos los reyes de la tierra; entreví sus malignos é hipócritas desig-nios; porque desde entónces desconfié de su moderacion y sencillez democrá-tica. Este novel General servia á la República para mejor sojuzgarla despues: á este fin se detenia en Italia, haciendo de ella Repúblicas en miniatura, embaucando y robando á sus habitantes, y pagando literatos, para que corriesen las ciudades como otros tantos apóstoles de la libertad. Todavía me acuerdo de la arenga patética que un tal Monge, enemigo de monges y monjas, pronunció á la republiquilla pacífica de San Marino. Desde aquella época de farsas revolu-cionarias se empezó á temer de su co-

razon hipócrita grandes calamidades en los pueblos seducidos, como se ha visto despues con dolor y espanto. Donde plan-taba con tanta ceremonia árboles de la libertad; ha levantado despues horcas en memoria de su benignidad paternal. Dadle gracias de la felicidad y tranqui-lidad que gozais, Piamonteses, Genove-ses, Milaneses, Venecianos, Boloñeses, y Parmesanos, pues hasta el nombre os ha quitado, para confundiros en la gran piara de sus mansos súbditos.

Nuestra precipitada y desatinada Paz de 1795 con la República Francesa habia proporcionado á ese intrépido aventurero las tropas francesas que estaban en Cataluña para la invasion de Italia. Este fué el primer teatro de sus talentos y triunfos militares; á que no contribuirian poco la disposicion de los ánimos de aquellos naturales, y la ninguna voluntad de las tropas á sacrificarse contra una causa que, á los principios, lisonjeaba tanto á los hombres que racionaban, y á los que padecian.

Impaciente y desesperado de poder llegar á consumir sus ambiciosos desig-

nios, parte á Egipto, sin objeto, ni motivo en su viage; toma á Malta al ruido de doce cañonazos; quita aquella isla é inconquistable plaza á la Orden por traycion concertada con los caballeros franceses, para que cayese despues en manos de los ingleses sus enemigos. Llega á Alexandria, y pierde su esquadra; sube al Cayro, se baña en el Nilo, visita las pirámides, hace sus genuflexiones en la mezquita; y vuelve á Europa azotado, para ser despues el verdugo de ella.

Hácese Cónsul en París con la modestia romana, porque Rey, ó Dictador fuera entónces odioso título. Pero ¿quién le dió esta nueva autoridad? Primero las bayonetas de sus coligados, y luego una Constitucion minutada por él mismo, y extendida y firmada en aquel momento por una docena de compadres, calentándose á la chimenea. El llamarse primer Cónsul, siendo tres los revestidos de este título de farsa, era en la sustancia llamarse único: pues los otros dos eran sus acólitos. Fingiendo trayciones y conjuraciones, hace vitalicio su Consu-

lado; y fingiendo otras, se lo calza perpetuo y hereditario.

Iba corriendo á pasos de gigante á mas pomposo, y elevado título, que le diese mas poder, mas vanidad, y mas derechos á su ambicion. Quería dominar la Europa, convirtiéndola en patrimonio del nuevo Imperio francés; porque no podia intentarlo con el título solo de Cónsul, que no se extendia mas allá del territorio de la República: nombre vano y perecedero, que aun conservaba la que luego se llamó *Gran Nación*; y hoy no es mas que el gran baño de bestias de Napoleon primero. Conquistó la Francia, y sus pertenencias y anexidades con el título de Emperador; invadió y aterró todos los estados que podian hacerle sombra; y lo que no le convino conquistar con aquel título, lo ha subyugado con el moderado, pero mas soberbio, de Protector. Baxo de este manto cobija S. M. I. otras Magestades reales, y Altezas ducales, que tienen el honor de ser sus primeros vasallos; á quienes puede llamar un dia á París por un edecán de su alguacil mayor Sa-

vary, para que vayan á calzarle las espuelas, y á tenerle el estribo en un dia de revista general.

Quien le hizo Cónsul, le hizo Emperador. ¿Cómo se fraguó esta violenta, ilegal, y pretendida eleccion? Todo el mundo lo sabe. Se intituló, y se intitula Emperador de los franceses, y no de Francia. ¿Cuál sería el fin de este dictado, porque en todas sus palabras hay misterio? ¿Sería para adular la vanidad de sus nuevos súbditos, por conocer que son gente muy facil á dexarse deslumbrar? ¿Sería para dominar con este dictado en todos los paises por donde se deraman y extienden sus numerosas y ambulantes tropas, pues ya no hay territorio en Europa que no esté manchado con las huellas de sus soldados? Y habiendo en casi todos los Estados de Europa franceses armados, que ocupan los pueblos; viene á ser de hecho Emperador de todos Napoleon.

Faltaban solo la España y Portugal en el número de los dichosos paises comprehendidos dentro de los imaginarios é ilimitados ámbitos del Imperio francés; y

Napoleon, á quien ya el mundo le viene estrecho, cabiendo todo él en un zapato, no pudo sufrir que el occidente permaneciera mas tiempo independiente y libre, sin reconocerse su vasallo. Envió sus tropas, pisaron el territorio español: y como aquellas nunca hacen sus viajatas en balde, se apoderan primero de un reyno, y despues de otro sin declaracion ninguna de guerra, ni aun amenaza de hostilidad, solo por áquel principio del nuevo derecho-napoleon, que donde pisan soldados franceses allí manda su Emperador.

Todo el mundo sabe, y no puede acabarlo de creer, la iniquidad y violencia de la ocupacion de Portugal, y la inaudita perfidia y vileza con que ese Emperador sin honra, fé, ni conciencia, sin palabra de rey, ni de hombre, ni de ladron, usurpó la corona de España, sin haber puesto el pié en ella, para traspasarla, como patrimonio suyo, á su caro hermano Josef baxo el colorado título de *Rey*, por no llamarle claramente su *Virey*, pues tenia que recibir sus tropas sin poder mandar un sargento,

sus leyes sin poderlas alterar, sus ordenes sin poderlas desobedecer, y sus instrucciones sin poderlas interpretar. La Corte aparente sería Madrid, y la metrópoli París. Habria embaxadores entre ambas, como lo pide la etiqueta: el de Francia sería un sobrestante y zelador de nuestro gabinete, y un cómitre de la nacion; y el de España un asistente al sólio imperial, y por gran distincion tendria el honor de concurrir á la parada con el sombrero en la mano al sol y á la lluvia. Se celebrarian tratados públicos, y serian mas los secretos, entre el Emperador de España en París y el Virey de España en Madrid: y bien se dexa inferir que los dictaria el Sultan al Beglierbey, y que á nosotros no nos dexarian mas parte en estos embrollos diplomáticos que la de traducirlos en castellano.

Despues de ocupada militarmente la España, y entregada al hermano la Lugar-tenencia Real, no es creible que le dexase encomendado á la fidelidad española, si empre sospechosa como violentada. Y tanto para su custódia perso-

nal, como para la tranquilidad de los pueblos que tanto le convenia, y sobre todo para guardar nuestros puertos y costas contra las soñadas invasiones del tan decantado coco, el *enémigo comun*, que en una palabra es la Inglaterra; nos protegeria dexandonos dentro de esta península doscientos mil hombres en acantonamientos y guarniciones, mantenidos, comidos, y bebidos á costa de nuevas contribuciones, y sin quebrantar ningun artículo de la nueva Constitucion, pues no lo hay para este caso. Por esto nos decia y consolaba el gran Amurátes en uno de sus bandos, ó artículos de sus diarios de Madrid: que no habria quintas ni levass en nuestras provincias. Claro está, pues no habiamos de tener ejército nuestro nacional, segun lo dicta la seguridad del conquistador.

Y como en esta empresa y plan del Emperador y Rey se llevaba el fin caritativo y muy christiano de *casar las donaciones*, frase que soltaban ciertos emisarios suyos, por no decir incorporarlas; es de presumir que se reservase, quando menos, una via militar desde Bayona á

Lisbóa , cortándonos una tira de la piel de toro de Estrabon de cinco ó seis leguas de ancho para el paso y repaso de sus tropas , al modo de la que se reservó allá en Polonia para la comunicacion con Saxonia , en donde tiene otro Virey coronado.

Con este arbitrio muy sencillo y cómodo , y la necesidad de un continuo auxilio de tropas suyas para nuestra defensa ; no se faltaba á la promesa de la integridad de esta monarquía y de su independencia. Ya se vé que no nos desmembraba ninguna provincia , ni descantillaba la orilla de nuestras costas y fronteras para incorporarlas al territorio francés , ni para cedérlas á otro soberano , pero muy bien podia reservarse , como en depósito y seguridad provisional , plazas , puestos , y montes , y sonar siempre *integridad* en la apariencia. Y manteniendo aquí sus exércitos con el nombre de auxiliares , se dexaba en su sentido natural la voz *independencia* ; ¿pero de quién se hablaba , de la corona , ó de los vasallos ?

Si se casaba á las dos naciones , era

muy justo que , así como la francesa nos enviaba su juventud guerrera para guardarnos , la correspondiésemos nosotros enviando á disposicion de su Emperador la nuestra , para pagarle la generosidad de habernos dado el exemplo. No habia otra desventaja en estos trueques , sino que , tocándoles á ellos un benigno clima , y fertil suelo , de buen pan , buen vino , buen aceyte , y ricos frutos y frutas , los españoles , esposados antes de casados , irian á militar , esto es , á morir baxo las alas de las águilas imperiales , ó á consumirse acaso donde no comiesen mas pan de trigo , ni probasen el vino , ni viesen la cara al sol en ocho meses del año. Pero tambien tendrian el gusto y la honra de verse casados con luteranos , calvinistas , judíos , ateistas , y malos christianos , y de ir á pelear con quien no nos ha hecho daño. Esta es la mas cruel é inhumana de las tiranías.

No hay exemplar en las historias de que un conquistador armase por fuerza á sus cautivos para llevarlos á pelear contra sus enemigos. Vale mas no darles quartel á semejantes invasores , esto es,

morir con las armas en la mano, que no haberlas de tomar despues en servicio del inclemente vencedor.

Solo los turcos y berberiscos sujetan los cautivos christianos al remo, más no al servicio de las armas. Ni tampoco consta que los sarracenos, dominadores de España, llevasen á los conquistados á pelear en las guerras que sostenian dentro ú fuera de nuestra península. El vende los prisioneros de guerra, ó los hace que sirvan en sus banderas, ó los destina á trabajos públicos como si fuesen esclavos comprados, ó los dexa perecer de hambre y miseria; porque no es costumbre suya sufrir la carga de la manutencion de los malaventurados que caen vivos en sus manos. Esto se estilaba quando se conocia y guardaba el derecho de gentes; pero este feroz tirano ha acabado con todos los derechos, y quiere acabar con todas las gentes.

Exécrable portento de la naturaleza es, por cierto, Napoleon, amphibio entre hombre y fiera, pues ha sacado de la infamia á Neron y á Calígula. Al primero le hizo malo lo sumo del poder, y aun

tardó seis años en romper con todas las leyes del pudor y de la humanidad: tanto tiempo hubo de costarle á su buen natural y á su educacion el corromperse. Pero Napoleon parece que fué malo antes de haber aprendido á serlo, antes de poderlo ser, y aun antes de desearlo. El abismo le engendró, y aun por eso nos calla su padre: él es hijo solo de sus obras. ¡O! ¡Madama *Leticia*! Buena alegría anunciaste al mundo en el día de tu portentoso alumbramiento! Antes de usurpar el mando supremo era déspota, y antes de déspota fué ya tirano.

Nació para destruccion del género humano. Así que se vió las uñas las ensayó para destrozarse: como hace el tigre desde cachorro. No hay industria humana que le domestique. No es animal cálido, húyese luego al monte y á las selvas, no puede vivir en poblado. Busca como querencia de su fiereza el campo de batalla, porque el palacio no se hizo para él: allí tiene sus delicias y su regalo; el humo de la pólvora es su incienso, la vista de los muertos su recreacion, duerme en colchones de cada-

veres, y otro dia nos dirán que come asado de carne humana, porque aun no ha acabado la carrera de estos bárbaros pasatiempos. Y este inhumano decia á la Europa, y sus bobones franceses se lo creian, que en la guerra buscaba la paz. Yo bien creo que quando no le quede á quien hacer guerra, paz tendrá, menos consigo mismo. ¡Infeliz de él entónces! El ocio le consumiria. ¿En qué pasaria el tiempo mano sobre mano? No tiene mas que una pasion, y ésta ahoga á todas las demás. Quiere dominar la tierra, aunque sea quedándose solo en ella: despues pedirá alas á los demonios para subir á conquistar la luna.

Algunos sabios han dicho, que para lo que el hombre tiene que aprender es muy corta la vida; más yo añado, que es muy larga para los que hemos de padecer. ¡Qué sería de nosotros, si la vida de este tirano no estuviera sujeta al plazo comun de la mortalidad? De sus hijos despues nada tendrá el mundo que temer; por esto cuidó ya la naturaleza que los monstruos fuesen infecundos.

No conoce freno ninguno á sus ale-

vosías y crueldades: no tiene religion que le contenga, ni conciencia que le acuse, ni vergüenza que le sonroje, ni temor del ódio de las naciones que le acobarde, de cuya opinion no necesita, pues ya no existen á sus ojos. El dirá para sí: pues que todo lo puedo, todo lo quiero. El cuenta con su fortuna, como César contaba con la suya; pero Bonaparte cuida, con mas recato que César, de su vida. Entre otras de las gracias que debe á su fortuna, es la de la salud que goza, la bastante para quitarla á todo el mundo. Vive enfermizo, y nunca está enfermo; y así la sobriedad, que en otro sería virtud, en él es necesidad, ó temperamento.

Dicen que come de prisa: propiedad de lobos y zorros. Dicen tambien que duerme poco, yo no lo dudo: es pension de todos los tiranos, que á todas horas ven pendiente sobre sus cabezas un cuchillo que les amenaza. Lo mismo acontece á los avaros, que ordinariamente son madrugadores, porque hasta los dedos se les antojan ladrones, y huyen de su propia sombra. El no tie-

ne patria, ni hogar, ni raíces; todos son muebles, porque todos son robos.

A ningún país ni nación tiene ni puede tener amor: todas son para él, y ninguna es suya. Donde halla soldados, allí tiene su patria. Si mañana le echaran de Francia; á trueque de mandar se iría, si pudiera, con su ejército á Marruecos. Pues ¿no se fué á Egipto á proclamarse Soberano, y á jurar sobre el Alcorán, por no sujetarse al Directorio? El no tiene nación, ni religión elegida: se sirve de aquella que mas sirve á sus fines. Su catolicismo se reduce á oír misa delante de sus cortesanos con la misma devoción é intención con que hacia su *namás* en la mezquita del Cayro á presencia de los musulmanes.

Tiene la osadía de llamarse Emperador por la gracia de Dios, al qual ni ama, ni teme, ni reconoce; dixéra mejor, por la paciencia de Dios y la de los hombres. El mismo se dió el título, y por sus propias manos se plantó la corona imperial; y para mayor pompa de aquella comedia religiosa, y humilla-

ción del Sumo Pontífice, se hace ungir por Pio VII aquel descreído usurpador. El se ha hecho lo que es, y ¿quánto no sentirá de no poderse hacer un membrudo Nembrot, para espantar con su figura, y acogotar, quando se enoja, un día tres ministros, otro día tres senadores, y otro tres generales. Dicen que se emberrechina como un javalí S. M. I. y que la aspereza de sus palabras y la de su voz bien declaran el fondo de su dulzura y amabilidad.

Toma por divisa una águila, quando debiera un tigre; pero tan mezquinamente representada en su mezquino blason, que mas parece milano que acecha la presa, que ave noble y generosa; símbolo propio de la rapacidad de su dañino corazón. Se muda el primer nombre, y luego el apellido, que no sería de casta; y despues el nuevo nombre, que no se lee en ningún martirologio, lo convierte en apellido eterno de su augustísima familia, y parentela, y líneas transversales, diagonales, y adoptivas, y con la mira de napoleonizar á quantas testas coronadas se

digne dexar, ó desovar, sobre la faz de la tierra.

Este héroe por la gracia de sus viles y venales gazeteros, ya que no se ha podido hacer hombre, junta la ferocidad con la vanidad. Como nunca está contento, ni saciado de timbres, ni títulos: mañana se intitulará *Napoleon-Kan*, y días hace que merece este nombre tártaro. *César Augusto* es nombre muy conocido, y manoseado por estudiantes. *Faraon* y *Nabúco* saben á historia sagrada. *Soldan* y *Califa* huelen á árabe, y contra esta gente guarda no sé que resentimiento de cierta burla en Egipto. Llámese de una vez Rey de Reyes, y Señor de los Señores, y sea la última blasfemia de su ambicion y arrogancia: bien que el título que mas propiamente le sienta por sus obras sería el de *Azote de Dios*, que nadie se lo puede disputar, y que mas lo merece que el atroz Atila.

Lo he dicho varias veces, y lo repito ahora, que las tres épocas terribles en los anales del mundo son: el diluvio universal, Mahoma, y Bonaparte. Aquel pretendia convertir todas las religiones

en una, y éste todas las naciones para ser él su cabeza. Aquel predicaba la unidad de Dios con la cimitarra, y éste no le nombra uno, ni trino, pues solo predica, ó hace predicar, su propia divinidad, dexándose dar de sus infames y sacrilegos adoradores, los periodistas franceses, el dictado de *Todo-poderoso*. El mismo se ha llegado á creer tal, y se lo ha hecho creer la cobardía y vileza de las naciones que se han dexado subyugar. Solo la España le ha obligado á reconocerse, que no era antes, ni es ahora, sino un hombre, y hombre muy pequeño, á quien la fortuna ciega ha hecho grande á los ojos de los pueblos espantados del terror de su nombre, que miden la grandeza del poder por la de las atrocidades.

A la colosal estatua de Nabúco derribó un canto desgajado de un monte vecino: dió en los pies, en donde tenia la flaqueza. Es cosa digna de admiración, que los únicos que hasta ahora han ajado la vanidad de su saber y poder á este héroe militar han sido cabalmente los hombres que él mas despreciaba, ó

de quien menos temia. Un barbón de San Juan de Acre, con mas trazas de monge que de soldado, sin haber jamás leído la táctica de Vegécio, ni de Folard, los bárbaros é indisciplinados mamelucos, los agrestes y brutales kosacos; y los cuitados, perezosos, y supersticiosos españoles, á los quales creía dormidos la intrepidez y confianza francesa. La Europa lo ve, y no lo acabará de creer: nuestros enemigos pensaban que dormíamos, y ellos eran los que soñaban.

Este género de guerra es nuevo para su táctica victoriosa: es guerra casera, es guerra de nacion, es guerra de religion, es, finalmente, guerra de valientes antes de ser soldados. En Italia y Alemania con sola la intimacion de un trompeta se rendian las plazas mas respetables de Europa, sin caerse las murallas, como en Jericó. En todos los puestos y defensas militares se entregaban prisioneros, aquí seis mil, allá diez mil, acullá quince mil, y en Ulma treinta mil: lo que digo de los austriacos, digo de los prusianos. En ocho dias despaviló Bonaparte todo el exér-

cito prusiano de 200⁰ infantes, y 40⁰ caballos; y antes de un mes no existia Rey en Prusia, ni monarquía prusiana. ¡Catástrofe asombrosa é inaudita, cuyas causas no son dificiles de adivinar: desafectos, cobardes, y traydores. Habia ejército, y no habia nacion. Y dentro de España, aquellas mismas tropas, y generales vencedores; no pueden rendir ciudades abiertas, defendidas por mugeres, y paisanos mal armados, y á medio vestir!

Desengañémonos de una vez, todas las plazas se han tomado como Pamplona, Barcelona, y ciudadela de Figueras, por soborno, ú traycion; de esta suerte caían Magdeburgo, Espandau, Stetin, &c. Estos son otros de los caprichos de la fortuna, que aun no se ha cansado de Napoleon. No conoce un traydor, un desleal, que pudiera hacerle perder en un dia el fruto de una campaña: le sirven con ley de hijos hasta sus esclavos. La República tuvo tantos enemigos domésticos, tantos infieles, tantos emigrados, tantos desertores de las vanderas patrióticas; y el

despotismo tiránico ; cuenta tan leales servidores ! Antes bien hemos visto que los emigrados , que habian encontrado tanta caridad y generosa hospitalidad entre nosotros , no veían la hora de volver á Francia , á reconciliarse con la nueva tiranía , no siendo ya la nacion , á cuyo destrozado seno se restituían , la misma que antes abandonaron.

No digo en los exércitos , más ni en las ciudades , ni en los gobiernos políticos , ha sufrido , ni teme , los atentados , ni aun los intentos de un traydor : hasta los extrangeros , que sacó aherrojados de sus hogares , le sirven á la voluntad y al pensamiento. Allí ya no hay un loco , un borracho , un furioso , un fanático , de aquellos que en otro tiempo enviaron al otro mundo quatro de sus legitimos reyes : casos atroces que no cuenta la historia de ningun reyno christiano.

A los franceses hace ocho años que les promete la paz , y cada dia se aparta mas de los caminos que conducen á ella : y á pesar de esto , no se avergüenza de dexarse adular con el renombre

de *Pacificador* del Continente , y *Arbitro* de la Europa : este último titulo es el que mas le lisonjéa. Tuvo mas de un año deslumbrados y ocupados á sus nuevos súbditos , á quienes no se atrevia entonces á darles este nombre , con el plan del desembarco en Inglaterra , todo á fin de que no les quedase tiempo , ocasion , ni motivo de maquinarse contra su persona , y despotismo consular , pues bien conocia él la dificultad y vanidad de la empresa. París y la Francia era lo que queria conquistar ; y lo logró , afirmando desde entonces su usurpado y mal seguro sólio , por donde habia de subir despues á la dominacion imperial.

Hombre que haya prometido mas , y que haya cumplido menos que Napoleón , no le citan las historias. Aun no ha cumplido la promesa de esculpir en letras de *oro macizo* los nombres de los valientes que murieron en Austerlitz , Jena , y Eylau. No creeria entonces que habia de ser tan larga la lista de los muertos ; ó conoceria despues que los agraciados no se habian de quejar. Tal

vez no alcanzaría el oro de sus minas ó rapiñas para tanta suntuosidad, y esperaría recogerlo de los despojos de los templos de España y Portugal, según el ánsia y voracidad con que sus tropas y generales han echado sus sacrilegas manos sobre estos tesoros.

¿Cómo, pues, podríais esperar, españoles, demasiado bondadosos y generosos, que aquellos que trataban con tanta crueldad á los indefensos y pacíficos portugueses, que no habian disparado un fusil contra sus injustos invasores, ¿podian usar con vosotros de piedad si os entregabais, ni de clemencia si les resistíais? Este primer exemplo de sus inhumanidades, executadas á las puertas de vuestra casa, y las executadas antes en Italia y Alemania, y otros paises sujetos á la perfidia y violencia de sus armas, no podia apartarse de vuestra vista, ni de vuestra memoria la suerte que os esperaba.

Sin embargo, no faltaban personas sencillas, ó ciegas, que creyeron que las tropas francesas venian de paz, y de amistad, aun despues de haberse apode-

rado por dolo y sorpresa de las plazas de nuestra frontera. Lo primero no lo dudo, porque querian conquistarnos sin vencernos; lo segundo era un absurdo esperar amistad del enemigo comun de todas las naciones. Y era aun cosa mas absurda el creer que pasaban sus exércitos al campo de Gibraltar. Lo mismo habia pensado Bonaparte en el sitio de aquella plaza que el Sofi de Persia; y para esto ¿nos inundó con 1500 hombres, además de 300 nuestros con que podia contar de auxiliares? Y para esta empresa ¿traía tantos trenes de artillería de campaña, y tan numerosa y escogida caballería: aparatos todos de exércitos volantes, y no del arma de sitiadores?

No era menos desatinada la idea de que estas fuerzas se dirigian al Africa; ¿pero á qué? ¿y contra quién? Ni ¿con qué transportes, ni quando, habrian de efectuar la travesía del estrecho, sin un navío ni una fragata, á la vista de esquadras inglesas que hubieran hecho pasto de los peces á quantos locos se hubiesen embarcado? El Africa á que tenia ganas

Bonaparte era la España, y los africanos eramos nosotros.

Quando vimos los puntos militares que tomaban en Castilla, los movimientos hostiles de sus acantonamientos, su misma inaccion despues, y la provision de galleta en casa del *amigo y aliado* como ellos decian, y en el granero de España que les suministraba pan blanco y fresco, ¿habia que dudar un momento de que venian dispuestos á guerra ofensiva, y defensiva, pues las prevenciones eran iguales á las precauciones? Verdad es que no degollaban frayles, ni violaban monjas, ni saqueaban y profanaban templos; porque entónces no les convenia irritar á los pueblos, sino embaúcarlos.

No faltó quien creyese, poco antes de la entrada de Murat en Madrid, que las plazas de nuestra frontera se habian entregado como en depósito para la seguridad del hospedage de los amigos que venian á socorrernos. Desde luego vieron los mas sencillos y preocupados que la traycion habia abierto las puertas de casa á los ladrones. La infamia era demasiado manifesta para que los áni-

mos se sosegasen. ¡Desdichada España! ¿A qué nacion le ha sucedido tal desventura, que el mismo pastor mate los perros para que entre sano y salvo el lobo en el redil?

Animo, y confianza en Dios, Barceloneses! No faltarán auxilios ministrados por el ingenio y valor, que os librarán de la amarga opresion que padecéis. Caso raro, por cierto, y el mas lamentable que admirará á las edades venideras: así vuestra restauracion, y la conservacion de esa hermosa y magnífica ciudad, prostituida hoy por las inmundas plantas de esos viles soldados del alevoso Napoleon, corre de cuenta de todos los esforzados y valerosos españoles, y del socorro de nuestros generosos aliados.

Todo español prudente, y enseñado por los acontecimientos políticos que se sucedian desde el año 1800 en Europa, debia estar desengañado de la conducta de Napoleon acerca de lo que se temia, ó se debia temer, de sus designios quando vimos desfilar sus exércitos por nuestras provincias. Ya hacia tiempo que

barruntaba yo la tempestad. La conducta de los espúrios españoles Izquierdo y Herbás, enamorados de la Francia, y hacendados en ella, indicaba que la patria que les dió el ser, la riqueza, y los honores era ya para ellos peligrosa morada.

Además habia últimamente en París una especie de moda de aprender el español, de querer tomar conocimiento de nuestra literatura, y del estado de nuestras ciencias, y los periodistas solicitaban correspondencia con sabios de nuestra nacion. Observaba yo tambien que en sus papeles públicos no nos desprecian, ni injuriaban, como tenian de costumbre ántes, con los epítetos de ignorantes, bárbaros, y supersticiosos: esta repentina, é inusitada moderacion y cortesía era para mí el testimonio mas sospechoso de su nueva política, porque en Francia hoy los escritores van de acuerdo con los gobernadores.

De algunos años á esta parte compraban libros nuestros: cosa nunca vista ni oida, díganlo los libreros de Madrid. He visto enviar á París entre otras obras

légales y económicas los quadernos de la Mesta, y de las condiciones de Millones; deliciosa lectura para el gusto y genio de un francés. Tambien empezaba la moda de traducir á su lengua algunos autores nuestros: costumbre que se habia perdido desde los primeros años del reinado de Luis XIV. Asimismo observaba que venian á visitarnos algunos viajeros franceses, muy curiosos de nuestras cosas, unos como fisicos economistas, y otros como amantes de las nobles artes; unos venian á medir grados del meridiano, y tal vez espiaban nuestras sierras y vericuetos; otros á explorar nuestras minas de metales; otros á estudiar la pastoría de nuestras merinas; otros la cria y las castas de nuestros caballos; y otros á recorrer nuestros establecimientos públicos, bibliotecas, muséos, colecciones de nuestros pintores famosos, y restos de antigüedades romanas y arábicas: cuyas noticias, cópias, y apuntaciones recogian con tal afan, que mas parecia esta diligencia inventario que curiosidad. Tambien observé que en los primeros dias de la llegada de Murat en

Madrid, apuraron algunos de sus oficiales de guerra, y tambien de pluma todos los diccionarios y gramáticas españolas y francesas de nuestras librerías. Compraban cartas geográficas, y preguntaban por planes estadísticos, mayormente los xefes del estado mayor, y de la hacienda. ¡Qué mas amor ni mas amistad se podia desear de nuestros vecinos que no querian dexar rincon de nuestra casa, ni mueble, que no visitasen con indecible gusto! Noté que preguntaban por estados de nuestras fábricas, ó como ellos decian *des tableaux des manufactures*, hasta hombres que no tenian traza ni destino para instruirse en estos objetos.

Esto es bueno, decian algunos incultos españoles ya entónces: ántes muy malo, les respondia yo, que no contaba entre las obras de buen afecto tanto interés disfrazado con el velo de curiosidad. Nadie debia ignorar que Bonaparte tenia jurado en sus *irrevocables decretos* el exterminio de las ramas reynantes de los Borbones, y así comenzó por Nápoles, Parma, Hetrúria, y siguió por Portugal. Con esta experiencia ¿cómo

habíamos de esperar que se librase de esta tala la rama principal de España, ni que pensase hacer un inxerto con el pimpollo que descollaba para conservarla? Pero confieso tambien que llegué á creer, entre dudas, y esperanzas, que tal vez se verificase, atendiendo á que solo así se podría evitar la pérdida de las Américas.

Yo veía por otra parte la extraña solicitud de un francés para la redaccion de nuestra gazeta de la Corte, ofreciendo una indemnizacion anual á la real imprenta. Parecia una especulacion mercantil de unos particulares; y no era sino un plan muy políticamente meditado del Gobierno francés, simulado bajo el concepto de una tentativa de interés privado. Pero la solicitud del embajador Beauharnais, y sus oficios á favor de los agentes de esta empresa, y de la libre introduccion en estos reynos de un nuevo periódico, intitulado *La Abeja Española* que se publicaba en París; acabó de descubrir los verdaderos fines del hipócrita embajador, el mas fiel executor, ó cooperador, de las

pérfidas y malignas ideas de su augusto amo y concañado el Emperador, desde el día que entró como un pillo indecente en Madrid, hasta aquel en que despues de haber acabado de aderezar con gran pompa y aparato oriental su casa nueva, se desapareció como un facineroso que acaba de cometer un gran delito: en efecto, habia concluido ya su última comision.

¿No eran todos estos actos preludio de que se nos acercaba la hora, en que ni la facultad de hablar, ni la libertad de escribir nos quedaria, y que solo nos dexarian la de pensar para mayor pena? Así se verificó luego que entró el precursor Murat en Madrid. De allí en breves dias se apoderó del privilegio de nuestra gazeta, y del diario, encomendándola á manos de unos hambrientos satélites suyos, medio militares, medio literatos, que debian embolsarse el producto, repartiendo una gratificacion señalada entre algunos españoles renegados, que les ayudaban á tan patriótica obra, los unos ocultamente, y los otros á cara descubierta. Ya desapare-

cieron todos, echándose ellos mismos con su fuga de la Corte al ejército francés la sentencia y el castigo de su delito. Es lástima que no se fuesen en su compañía algunos centenares mas. Tambien huyó el autor de *la Abeja*: mala avispa le arrée otra vez á Paris. Este habia vuelto á su patria baxo del escudo, escarapela, y salvaguardia de los enemigos de ella, y era otro de los emisarios que nos venian á predicar la dicha que nos esperaba y no conocíamos, y el vuelo que tomaria el *genio* español protegido del *Genio* tutelar de la Francia.

La funesta suerte que veía yo caer sobre las demás naciones desde el año de 805, me anticipaba el temor sobre la que amenazaba á la España. Hasta los semblantes de los mercachifles franceses, que paseaban estas calles, y entraban en nuestros cafés, pregonaban en su alegría la esperanza de alguna gran fortuna; y ciertas palabras enfáticas que soltaban, entre lástima y admiracion, un año, y aún dos antes de entrar las tropas francesas, bien me

«el apellido de *Santiago*! convocaba y
 «alentaba los guerreros; el nombre de
 «*Españoles*! inflamaba porque envanecía
 «y el recuerdo de *Patria* infundia descor
 «de salvarla al noble, al plebeyo, al
 «clérigo, y al frayle. Pero hoy, que
 «con la inundacion de libros, estilos, y
 «modas francesas se ha afeminado aque
 «lla severidad española, llevando por
 «otra senda sus costumbres, con un gé
 «nero de aversion al orden de vida de
 «sus padres; hoy que ni se leen nues
 «tras historias, ni nuestras comedias, ni
 «nuestros romances y xácaras, tratán
 «dolo todo de barbarie é ignorancia;
 «hoy que es moda, gala, y buena crian
 «za celebrar todo lo que viene del otro
 «lado de los pirinéos, y olvidar afec
 «tadamente todo lo que huele á nuestro
 «suelo, hasta despreciar lo que la na
 «turaleza nos ha dispensado tan gene
 «rosamente; hoy, digo, no queda otro
 «recurso para hacernos respetables y
 «fuertes, sino inspirar al pueblo con
 «fianza, y á las gentes del *buen tono* ver
 «güenza de su degradacion.— ¿Qué le
 «importaría á un Rey tener vasallos si

«no tuviese nacion? A esta la forma, no
 «el número de individuos, sino la uni
 «dad de las voluntades, de las leyes,
 «de las costumbres, y del idioma, que
 «las encierra, y mantiene de generacion
 «en generacion. Con esta consideracion,
 «en que pocos han reflexionado, he pre
 «dicado tantas veces en todos mis escri
 «tos y conversaciones contra los que ayu
 «dan á enterrar nuestra lengua con su
 «trato y su exemplo en quanto hablan,
 «escriben, y traducen: mi objeto era
 «mas político que gramátical.—Donde no
 «hay nacion no hay patria: porque la
 «palabra *pays* no es mas que tierra que
 «sustenta personas y bestias á un mismo
 «tiempo. Buen exemplo son de ello la
 «Italia y la Alemania en esta ocasion.
 «Si los italianos, y los alemanes, divi
 «didos y destrozados en tantos estados
 «de intereses, costumbres, y gobierno
 «diferentes, hubiesen formado un solo
 «pueblo; no hubieran sido invadidos,
 «ni desmembrados. Son grandes regio
 «nes, descritas y señaladas en el mapa;
 «pero no son naciones, aunque hablen
 «un mismo idioma. ¡El grito general

» ¡Alemanes! ¡Italianos! no inflama el
 » piritu de ningun individuo, porquen
 » guno de ellos pertenece á un todo.
 » El hombre debe regirse por los pre
 » tos del evangelio; mas las naciones p
 » las reglas de su conservacion. No h
 » próximo entre ellas; el ódio recípro
 » las mantiene sin temerse, ni envidia
 » se, y cria la emulacion, que es m
 » dre de grandes acciones. La nacion q
 » vive enamorada de otra, está ya me
 » vencida, dexando poco que hacer
 » una invasion á la fuerza de las arm
 » Acaso deben á esta fatal disposicion
 » sus enemigos gran parte de sus rápi
 » triunfos los exércitos franceses.—Si
 » opinion está enferma, deberá curar
 » por los medios opuestos á los que
 » pusieron decadente. Los poetas, q
 » hasta aquí no se dedican sino á can
 » amores y victorias en composicion
 » heroicas y liricas, podrian exercer
 » su talento en letrillas y romances p
 » pulares que despertasen ideas de hon
 » valor, y patriotismo, refiriendo pro
 » zas de esforzados capitanes y soldad
 » nuestros en ambos mundos, ya con

» indios, ya contra infieles, ya contra
 » enemigos de la España en Africa, Italia,
 » y Flandes, pues hartas ofrece la histo
 » ria. Y con estos cantares, repetidos en
 » bayles, en plazas, fiestas y teátrros, se
 » daría sabroso pasto al pueblo, y se des
 » pertaría su actual indolencia desde qué
 » de sus ojos y de sus oidos se van des
 » apareciendo las danzas y canciones de
 » nuestra antigua cosecha.—Podrian igua
 » lmente contribuir á mantener este espí
 » ritu nacional las corridas de toros, que
 » en las actuales circunstancias me ale
 » grára yo que no se hallasen abolidas.
 » Y como he mirado siempre esta diver
 » sion pública, como nacida y criada en
 » España, solo exercida por españoles,
 » é inimitable en reynos extraños; habia
 » escrito en otro tiempo una apología de
 » ella contra los españoles de *nuevo cuño*,
 » entes nulos hoy para la patria: prefiri
 » endo yo esta que llaman fiereza es
 » pañola, que nos puede hacer temibles,
 » á la molicie y frivolidad filosófica del
 » dia, que nos ha hecho despreciables á
 » los ojos de los mismos que nos la han
 » inoculado.—Con este motivo, y para

que vea V. E. lo que entónces pensé
 yo en lo que decía, ó mas bien pre-
 cía, me tomó la libertad de incluir
 los tres diarios (*) en que manifesté
 opinion seis años hace, y guardé
 anónimo por no ser apedreado de
 gente que llaman de buen gusto.-
 plico á V. E. disimule mi osadía, y
 yerros, si se pueden llamar tales.
 desahogo del sano y patriótico cora-
 de quien desea vivamente la gloria
 dicha de V. E. cuya importante vi-
 ruego á Dios guarde muchos años.-
 Madrid 12 de Noviembre de 1806."

Me consta que leyó tambien este p-
 pel, y muy detenidamente, al vol-
 del paseo; pero sin haberse visto
 uno ni del otro ningun fruto desde
 entónces. He querido trasladar aquí
 dos monumentos de mi zelo patriótico
 de mi prevision sobre el estado de en-
 medad política en que se hallaba mi
 cion, la qual no podian curar ya
 exórtaciones ni los sermones de un idio-

(*) Son los Diarios de Madrid de los dias
 27, y 18 de setiembre del año de 1801.

causador de su cercana calamidad, abor-
 recida su persona aun de los mismos
 que le debian su fortuna. ¡Cuál sería la
 tribulacion de mi inquieto animo com-
 batido de tan funestos presagios, quan-
 do otros no veian mas tierra que la que
 pisaban, y no les quitaban el sueño los
 triunfos de Napoleon! ¡O! ¡bienventu-
 radas almas, que habeis dormido descan-
 sadamente hasta que la trompeta de Mu-
 rat os llamó á juicio! Más yo tuve la
 desgracia de padecer antes de sentir, y
 de sufrir la muerte antes de morir.

¡O! ¡incautos españoles! aun creo
 que no habeis temido todo lo que podriais
 temer de las iniquas ideas de Bonaparte,
 hecho dueño de España. Preveíais estos y
 los otros trastornos, contribuciones, cons-
 cripciones, abolieion de vuestras leyes,
 ruina de vuestra santa religion, pérdi-
 da de las Americas &c. &c. ¿Pero estabais
 seguros de que no habia de poner la Es-
 paña por el modelo de los demás payes
 que domina mediata ó inmediatamente?
 Estabais seguros de que, tomando en to-
 do por pauta á su organizada Francia, no
 os dividiria en departamentos, distritos,

prefecturas, &c. quitando el nombre de existencia política á vuestras provincias, y acaso el nombre mismo de España, poniéndola el de Ibérica, ó Hespérica, según la manía pedantesca de sus transformaciones, para que así nuestros nietos no se acordasen de qué país fueron sus avuelos? ¿Y sabeis, si para mayor castigo y despecho suyo, nos tendria preparado otro género de dolor y afrenta? ¡Si volveria á Godoy con toda su pompa fausto!

¡Alerta, españoles! no esperéis amistad ni amistad de los franceses: desconfiad de sus palabras, y detestad sus obras. En otra ocasión habia dicho por hacerles favor: es menester leer libros, y quemar á sus autores, pero su corazón nunca ha estado acorde con sus labios. Es gente revoltosa por genio natural en su casa, y revolucionaria política en las ajenas. No pueden estar seguras en ningun estado: travesuras y rebeldías es su oficio en todos tiempos. Ellos lo declara y define un antiguo refrán, que leí en una coleccion, y no me ha olvidado: *Quand le français*

le diable le berce, (quando el francés duerme el diablo le arrulla). ¿No es esto decirnos que el diablo no quiere que despierte, temiendo no le quite el oficio?

Con qué énfasis filantrópico pregonaban que con su entrada en Italia iban á abolir el vil comercio de los castrados destinados á la música, como la última degradacion de la especie humana: palabrotas de su pomposa filosofía. No querian que cantasen sopranos; y han hecho llorar despues á los soberanos de aquel desventurado país. La humanidad de Napoleon necesita de hombres enteros que le engendren esclavos para la guerra, que es el teatro de sus diversiones.

¡Alerta, españoles! repito. No creais en nada de lo que os anuncien los franceses, ni quando os halaguen, ni quando os amenazen. Al mundo tienen perdido sus máximas y sus baladronadas. Al Emperador de Rusia le llamaban, quando le declararon la guerra, Principe inexperto, y cuitado, rodeado de botarates, y á su nacion le prodigaban los epitetos de bárbaros y feroces Sci-

recobrásemos las antiguas fuerzas? Compadeciase de nuestra debilidad, pues no podia ver esta decadencia de un vecino por su mal gobierno. Embustero, sin ver güenza: ésta disipacion, éste débil gobierno, es lo que á ti te ha dado las fuerzas y la avilantez para venirnos á insultar. Es cosa para reir: será la única vez que se contará en la historia que una Potencia se desvele por contribuir al aumento de fuerzas y de prosperidad de la vecina; quando todos los gobiernos, para su propia conservacion ó preponderancia, se aprovechan de la debilidad el uno del otro, ó la procuran, como lo ha hecho la Francia republicana, y despues la monárquica con nosotros.

No quiso quitar, dícenos, el gobierno á Godoy, á quien llama *hombre sin talento ni costumbres*, por no dar una pesadumbre á su amigo y aliado Carlos, y luego le da el mayor pesar con el mayor insulto y alevosía, arrancando este amigo la corona y la libertad, y su primogénito y legítimo sucesor,

siempre amado FERNANDO VII; y al mismo tiempo patrocina, y ampara al malvado, á quien antes habia calificado de inepto é inmoral?

Y como nuestras leyes son viejas, nos venia á dar otras nuevas: ésta es la última tiranía y humillacion que pueden sufrir los pueblos vencidos del conquistador. Pues; cuál será la soberbia y vanidad de Napoleon, que se hace nuestro legislador antes de conquistarnos! Dígalo la nueva *Constitucion española*, que nos regaló su sabiduría y beneficencia: monumento escandaloso de nuestra futura esclavitud. Quería que besásemos, sin levantar los ojos, ni las cejas, un miserable folleto de 34 hojas en dozavo: que en tan sucinto espacio estaba escrito el destino eterno de las Españas, como si se tratase de enviar un reglamento provisional para una nueva colonia de negros en un islóte desierto; ó de imprimir el quadernito de las obligaciones de cabos y sargentos. En la cortedad del volumen está el mayor desprecio, y en la brevedad

estudiada de sus artículos la mayor injuria con la mayor malicia. Gran paciencia es la nuestra, si no es mayor la indolencia. De tantos letrados, literatos, estadistas, y otras personas doctas y patrióticas, ¿cómo hasta ahora no ha salido alguna pluma, que demenuze, deshaga, y pulverize este código de engaños, de insidias, perfidias, y desvarios? No está lo peor en lo que allí se dice, sino en lo que no se dice. Corto es el volúmen en la teórica, pero ¿quán grande y pesado sería el de su práctica!

Si nos resistimos á las violencias de este invasor injusto, por no querer ser sus esclavos, nos llaman rebeldes; y si no resistimos, nos tratan como tales, nos desarman, nos amenazan, nos roban, ó cargan de contribuciones. El primer tiro que sale de un pueblo se expía con degüellos é incendios. Tamerlán no decretaba la muerte á los pueblos que sitiaba hasta el tercero dia. En el primero enarbolaba vándera blanca, en el segundo encarnada, y en el tercero os

gra. A nadie engañaba: la intimacion era tan clara como concisa.

Bonaparte hasta ahora no ha peleado sino con exércitos, y no con naciones: el respeto que éstas merecen quando pelean por su casa, y dentro de su casa, no entra en las máximas de la política particular que él se ha formado. ¿Quién le ha dicho que no goza de los derechos de la guerra el que defiende su patria y sus hogares con sus puños, ó con sus armas? Para resistir á los que vienen á robarle sus bienes y su libertad todo paysano es soldado: la falta de uniforme no le quita esta calidad, es soldado nato.

¿Si pensaria Napoleon, que penetrar por la España era atravesar la Suabia, la Saxonia, y Westfalia, cuyos paysanos se quedan dormidos andando! Aquellas buenas gentes, que no usan de las manos sino para dexarse esposar, estan acostumbradas á pasar en cada guerra del yugo de un Soberano á otro, sin poder guardar amor á ninguno. Y además de estas causas políticas, ya de

desmembraciones, ya de incorporaciones, y trasiego de vasallages, sin poder llamar patria á la tierra que se perdía por una parte, ni á la que se ganaba ó permutaba por la otra; en qualquiera estado ó mudanza el pueblo era siervo de costumbre y de nacimiento.

A los pueblos protestantes, además de todas las expresadas causas de su tranquilidad y su indefension, la irrupcion de los exércitos franceses, y aun la conquista, les debia ser menos odiosa y temible. Allí no hay iglesias que robar, imágenes sagradas que destrozar, santuarios que profanar, esposas de Christo que violar, &c. Todo es pobreza, y sencillez, sean luteranos, calvinistas, ó filiaciones de estas sectas, donde viven como hermanos. Y como Napoleon no les habia de introducir el catolicismo, que les podria alarmar, ni otro culto que les pudiese desunir; les era indiferente la invasion de un conquistador, que no profesa ninguna religion, y las tolera todas.

¿Pero pensaba el gran político y sa-

gaz Napoleon conseguir el mismo recibimiento de los españoles, que hace dos mil años que mantienen este nombre; que componen una sola nacion independiente y libre, y que profesan la fé católica desde los tiempos apostólicos? A la voz de *patria*, de *libertad*, y de *religion*; ¿cómo no se habian de inflamar los corazones, y de levantar las manos de doce millones de almas, que se honran con estos amados títulos?

Debíamos temer que el plan de despotismo que va extendiendo el astuto Bonaparte por la Europa, despues de haberle probado bien en Francia, vendría á plantificarlo en España. A esto llama él regenerar, es decir, civilizar á su manera las naciones, hasta que pierdan su antiguo carácter y la memoria de su libertad. Igualarlo todo, uniformarlo, simplificarlo, organizarlo, son palabras muy lisonjeras para los teóricos, y aun mas para los tiranos. Quando todo está raso y sólido, y todas las partes se confunden en una masa homogénea, es mas expedito el gobierno, porque es mas ex-

pedita la obediencia. Entre un centenar de bolas, todas de un mismo peso y materia, colocadas sobre un plano en forma de círculo sólido, dando un empuje ligero á la del centro, todas se mueven á un tiempo, hasta las de la circunferencia. ¡Qué descansadamente gobierna el déspota entónces! Solo con menear un dedo se conmueve toda la máquina por grande que sea; y solo con abrir la boca, ó arquear las cejas como el Júpiter de Homero, se estremece la tierra, y tiemblan los hijos de los hombres.

Este déspota es Napoleon, y las bolas del círculo son los franceses. En la francia *organizada*, que quiere decir *aherrojada*, no hay mas que una ley, un pastor, y un rebaño, destinado por *Constitucion* al matadero. Por eso no encuentra este pastor contradiccion á sus caprichos, ni obstáculos á sus deseos: su voluntad es la ley suprema, á la qual sirven todas las otras. Cuenta con la mas ciega obediencia de mas de 40 millones de cabezas, que á sus ojos no for-

man mas que una sola: fortuna que deseó tanto, y no pudo conseguir, el Emperador Caligula, para degollar de un solo golpe á todo el pueblo romano.

El afortunado Bonaparte, quando usurpó la soberania consular, y despues la imperial, ya lo encontró todo hecho. Nació gigante, y usó luego de sus fuerzas. No habia ya en la Francia clero, ni nobleza, ni parlamentos, ni provincias: mantenía aun dentro y fuera 400,000 soldados aguerridos; y 50 generales de manos y cabeza, de quien echar mano. Abolió todos los monumentos conmemorativos de república; pero conservó todo lo que acomodaba á sus fines, como nuestro Tratado de alianza, que no debia haber subsistido luego que se mudó el gobierno y constitucion francesa. Pero ¿quién habia de resistir, ni adonde se habia de reclamar contra esta injusticia y violencia, siendo el potentísimo Napoleon parte, juez, y verdugo en este proceso?

En Francia, pues, no hay provin-

cias, ni naciones; no hay Provenza ni provenzales; Normandia, ni normandos se borraron del mapa sus territorios, y hasta sus nombres. Como ovejas, que no tienen nombre individual, sino la marca comun del dueño, les tiene señalados unos terrenos acotados, ya por riberas, ya por rios, ya por sierras, con el nombre de departamentos, como si dixéramos *debesas*, y estos divididos en distritos, como si dixéramos *majadas*. Allí no hay patria señalada para los franceses, porque ni tiene nombre la tierra que les vio nacer, ni la del padre que los engendró, ni la de la madre que los parió: los montes y los rios les dan la denominacion como á las plantas y frutos de la tierra. Nacen y se crian en el campo, y mueren en el campo de batalla. Todos se llaman *franceses*, al monton, como quien dice carneros, baxo la porra del gran rabadán imperial. Asi está asegurado su trono, sin temor de levantamientos ni descontentos de provincias, que, compitiendo en emulacion, podrian emplearla algún dia en cuál empeza-

ría á levantar la bandera de la impaciencia de tan pesado yugo. Esta unidad é indivisibilidad, que convino entonces al mando despótico del Directorio, ha convenido despues al mas despótico de Bonaparte. Esto se llama simplificar, sistematizar el gobierno, y regenerar una nacion, hasta hacer degenerar los hombres de su primer destino, cortándoles todos los vínculos de los afectos naturales y sociales: allí se ve destinado, antes de salir á luz, el fruto del vientre de las madres para asesinos de sus semejantes.

No quiso espantarnos el tirano, quando habló de regenerarnos, con que entraba en su plan la violencia de tan terrible transformacion. Ya nos dice allá, no sé qual de los dos hermanos, en sus paternales consejos que le interpretaron y amplificaron en castellano agavachado nuestros oradores de Bayona, el gran deseo de que no padezca la nacion los desastres á que la expondrian las *convulsiones* de las provincias. Sepan, pues, S.M.I. y R. y la R. de su caro hermano, y sepan

los eloquentes expositores de sus adorables decretos y pacíficos *sentimientos*: que las convulsiones de nuestras provincias (Dios las mantenga esta calentura) las han dado la salud, y han salvado á la nación entera. Este cuerpo exámine y desahuciado no podia menearse del hoyo en que el traydor de la patria le habia echado, sin que primero se electrizára alguno de sus miembros; y justamente empezó por los extremos. Cada provincia se esperezó, y se sacudió á su manera. ¿Qué sería ya de los Españoles, si no hubiera habido Aragoneses, Valencianos, Murcianos, Andaluces, Asturianos, Gallegos, Extremeños, Catalanes, Castellanos &c.? Cada uno de estos nombres inflama y envanece, y de estas pequeñas naciones se compone la masa de la gran Nación, que no conocia nuestro sábio conquistador, á pesar de tener sobre el bufete abierto el mapa de España á todas horas.

No se os cayga de la memoria, amados compatriótas míos, que el francés es animal indefinible: predica virtud, y

no la tiene; humanidad, y no la conoce; quiere la paz, y busca la guerra; destruye con una mano lo que edifica con la otra. Ellos fuéron caudillos, y predicadores de las Cruzadas á la Tierra Santa, y los primeros que las hicieron ridículas en sus escritos. Fueron fundadores de la órden de los Templarios, y los primeros que la abolieron de un modo inhumano. Fundaron tambien la de San Juan, extinguida y perseguida en Francia por la revolucion; hasta que de la isla de Malta echó Bonaparte á los caballeros, para que cayese despues en poder de los ingleses. Entre ellos se fundó la órden de los Cartujos, para castigo de su bullicio y parlería; y como en todo son extremados, inventaron la de la Trapa, en castigo de su glotonería. Dicen que fuéron los primeros christianos, y tambien los primeros que se han burlado de este santo nombre. En un concilio de Clermont se instituyó la Conmemoracion de los Difuntos; y ahora no ruegan, ni por los vivos, ni por los muertos.

tos. Ellos aseguraron la Silla Pontificia en Roma, y defendieron el patrimonio de San Pedro; y ahora se burlan del Papa y de San Pedro, y le despojan de sus bienes despues de mil años de posesion. El francés tiene la vivacidad y docilidad del caballo, que con la misma alegría y paciencia se dexa montar de Trajano que de Napoleon.

¡O! dichosos los moradores de las islas, que cercados del mar, no participais de los sobresaltos y estragos del Continente! ¡O! vísperas sicilianas tan famosas en la historia, cuándo os podremos acompañar con completas, para que los ángeles canten laudes en el cielo! Tambien os tenia decretada la esclavitud. No bastándole la tierra, quiere dominar el agua, y arrancar al inglés el cetro de los mares, al paso que extiende mas su dominacion con los vanos esfuerzos que ha hecho hasta aquí, llamándole *enemigo comun*, para excitar la indignacion comun de todos los pueblos, como si el amor ú el odio se mandase con decretos imperiales. ¡Qué sería del mundo to-

do, si la Inglaterra no le hubiese atajado los pasos, y cortado las alas en este elemento! Qué invasiones de conquistadores! qué desembarcos de sangrientos pirátas de polo á polo! Este furioso y mal aconsejado héroe, pretendiendo abatir el poder de la Inglaterra, ha dado fin á la marina de todas las Potencias y de la suya propia.

¡Alerta, leales y bravos compatriótas míos! Centinelas sois todos contra los franceses, y contra aquellos españoles, si los hay, que los temen, ó no los aborrecen, porque estos les ayudarian mañana si pudiesen. ¿No habeis visto con asombro y escándalo cómo les han servido algunos, que á trueque de obtener empleos, viendo la patria sierva y afligida solicitaban ó esperaban ser sobrestantes de nuestros enemigos para ejercer algun mando sobre los esclavos patricios suyos? Esta perversidad osolo se habia visto en las Regencias berberiscas, donde los que mandan y apalean á los cautivos christianos, y les atan al remo, y les cortan los brazos